

## OPINIÓN

### EL FUTURO DE AMERICA LATINA: ¿HAY MOTIVOS PARA SER OPTIMISTA?\*

Howard J. Wiarda\*\*

El autor del artículo considera que la situación política y económica de América latina ofrece pocas razones para mirar el futuro con optimismo, pero no obstante se pueden encontrar signos de una posible recuperación, si se observan las características de la región y algunos indicadores externos.

La primera parte del trabajo expone los actuales problemas de Latinoamérica. La depresión económica mundial de los últimos cinco años ha influido de manera directa en el estancamiento de las economías, provocando una crisis en el servicio de la deuda externa, que afecta por igual a países más o menos desarrollados, al tiempo que desincentivó la inversión local y extranjera, especialmente norteamericana. Parece improbable que esos capitales sean fácilmente reemplazados, ya que tanto los países de Europa Occidental como Oriental, incluida la URSS, han demostrado no estar dispuestos a salvar las economías del área.

Una de las consecuencias de la recesión es la difícil situación social, motivada por las deficientes condiciones de vida de las clases más pobres. Los gobiernos deben enfrentar presiones derivadas de la modernización y de las crecientes expectativas, en momentos de crisis generalizada. Esto es inconveniente no sólo para el desarrollo de un sistema democrático, sino también para la estabilidad de cualquier gobierno moderado y centrista.

\* Documento presentado en el Forum sobre Política Pública del Instituto Americano de la Empresa, bajo el título general de "Los Futuros Alternativos de A. L.", el 5 de diciembre de 1984, de una semana de duración. De próxima aparición en el libro del mismo título que será publicado por el AEI.

\*\* Director e investigador residente del Centro de Estudios Hemisféricos, American Enterprise Institute. Profesor de Ciencia Política de la U. de Massachusetts, Amherst. Autor y editor de numerosos libros sobre América latina.

Por otra parte, el autor otorga gran importancia a la influencia soviético-cubana en la zona, la que contribuye a la inestabilidad cuando los países latinoamericanos son especialmente vulnerables a la emergencia de movimientos revolucionarios.

La segunda parte del artículo analiza algunos síntomas de superación de la crisis. Sostiene que se ha exagerado la magnitud de las dificultades económicas al interior del gobierno de los Estados Unidos y por parte de los propios latinoamericanos, con el objeto de obtener mayores fondos del Congreso norteamericano y apoyo de la opinión pública. Una señal verdadera que contribuye a ver mejores perspectivas en el futuro, es la recuperación económica de los EE.UU., la cual producirá un mejoramiento de las condiciones de la región, con el consecuente impacto en la situación social. Las perspectivas políticas dependen fundamentalmente del factor económico. En último término, la manifestación de la voluntad del gobierno norteamericano de mantener su presencia militar y estratégica en América Central y el Caribe, sirve para disuadir a la Unión Soviética, que ha debido evaluar costos y riesgos de su política en el área.

El artículo concluye en que a pesar de la evidente crisis de América latina, existen suficientes indicios, o "destellos de esperanza", para ser optimista con respecto a su futuro. América latina ha tenido en el pasado, y sigue teniendo, una enorme capacidad para adaptarse y enfrentar desafíos a sus instituciones, y para trazar nuevas fórmulas de resolver sus problemas, manteniendo su fisonomía sin alteraciones fundamentales.

Es difícil en estos días que cualquier observador objetivo y realista de América latina sea optimista acerca del futuro de la misma. Los hechos y las cifras conforman un cuadro que no da mucho aliento. Vamos a tratar un breve panorama.

### **La Crisis Actual**

Primero, desde una perspectiva económica, la región es un área de desastre. América latina fue castigada en forma particularmente dura por la depresión mundial comenzada en 1979. Dicha crisis se produjo inmediatamente después de los primeros shocks petroleros de 1973 y del deterioro de los precios, generalmente inestables y deprimidos, de las exportaciones primarias de América latina durante gran parte de los años 70. La depresión mundial de los últimos cinco años llevó al estancamiento o a la recesión de las economías de toda la región que se insertan en sociedades que, a diferencia de los Estados Unidos o de Europa Occidental, no tienen amortiguadores, ni redes de seguridad social adecuados a las circunstancias y a la magnitud de los problemas. Varias economías del área han experimentado tasas negativas de crecimiento durante casi media década, hasta ahora; en la mayoría de las otras, el desarrollo ha sido cero o muy bajo. Mientras tanto, la inflación excede el mil por ciento anual en varios países, y el desempleo y el subempleo combinados pueden llegar hasta un 40-50% en toda el área. Aun los países ex-

portadores de petróleo como Venezuela, México, Ecuador —que inicialmente se beneficiaron con la crisis petrolera— enfrentan ahora momentos muy difíciles.

La crisis de la deuda se suma a estas dificultades. Es tan grande que no hay esperanza alguna de que llegue a pagarse. Los bancos, a esta altura, realistas, habrán descartado en silencio la posibilidad de que algún día lleguen a cobrar gran parte del capital adeudado; se los puede convencer de seguir en el juego de los préstamos foráneos solamente diciéndoles que, al hacerlo, seguirán cobrando intereses. En este sentido, uno de los principales objetivos del orden del día Norte-Sur —la masiva transferencia de recursos del Norte al Sur— ya se ha efectuado de facto y sin que nadie realmente acepte que ha ocurrido. Al prolongar los períodos de pago, reducir los intereses, condonar algunos honorarios y comisiones, reprogramar la deuda a lo largo de un período de muchos años en vez de hacerlo año a año como se realiza actualmente, y al aceptar algunos "topes" en las tasas de interés —elementos de los recientes acuerdos de México y la Argentina— el problema parece resuelto en parte, pero no habría que hacerse ilusiones de que se solucione en forma definitiva. Estos nuevos arreglos preservan la doble ficción de que los grandes países deudores han evitado o pueden evitar el cese de pagos y que los bancos seguirán cobrando. La ficción y las novelas románticas sirven ciertas funciones pero no deben confundirse con la realidad, que es que la deuda no se puede pagar, con todas las graves consecuencias que ello implica para los bancos, los países de América latina y, como siempre, el contribuyente pobre.

Además, casi no hay nuevas inversiones en la región. Dada la inestabilidad y el potencial de caos en toda la América Central y el Caribe en particular, una empresa o corporación difícilmente está dispuesta a invertir hoy en la región, a menos que pueda hacerlo con fuertes garantías del gobierno norteamericano. Desafortunadamente, nosotros, en los Estados Unidos, no discriminamos suficientemente entre países; la violencia e inestabilidad que hemos visto recientemente en Nicaragua y El Salvador han asustado a los inversionistas quienes se alejaron de toda la zona. Las empresas norteamericanas y las multinacionales no tendrán interés por establecerse en un área potencialmente tan inestable como América latina.

Ya hay muchas grandes compañías que están dejando la región. Hemos visto estadísticas que indican que ninguna corporación norteamericana tiene más del 10 por ciento de sus recursos en América latina. Ese es un gran cambio respecto de la época de Grace, United Fruit, Kennecott, International Petroleum y otras, que tenían sustanciales inversiones en el área. Otras compañías están vendiendo sus recursos en América latina y se alejan de la región para instalarse en campos de inversión más lucrativos en la Cuenca del Pacífico, Europa Occidental, Canadá y los mismos Estados Unidos. Desde el punto de vista de las compañías, estas medidas son

sumamente racionales, pero a largo plazo serán devastadoras para el futuro de América latina.

El gobierno de los Estados Unidos tampoco estuvo dispuesto, hasta fecha muy reciente, a hacerse cargo de lo que faltaba. Desde fines de la década de 1960 y el término de facto de la Alianza para el Progreso, hubo escasa asistencia para América latina. Los fondos y el personal de ayuda norteamericana fueron objeto de graves recortes, de acuerdo a la actitud de "descuido benigno" que caracterizó a la política norteamericana hacia América latina durante una década, surgida de la evaluación después del fracaso del Che Guevara en Bolivia, de que tal vez América latina no estaba lista para seguir el camino de la Cuba castrense. Solamente después de la amenaza revolucionaria se presenta nuevamente, esta vez en América Central a fines de los años 70 y principios de los 80, la asistencia norteamericana volvió a aumentar en forma similar al incremento de la ayuda exterior inmediatamente después de la revolución de Castro, veinte años antes. Esta vez tomó forma en la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICC) y el "Plan Marshall para América Central" que surgieron del informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre América Central (Kissinger). Pero los latinoamericanos consideran que la iniciativa de la Cuenca del Caribe ha producido hasta ahora escasísimo dinero o beneficios, y las recomendaciones de la Comisión Kissinger languidecen en los laberintos político-burocráticos del Congreso.

Más aún, el capital latinoamericano también huye de la región. Una estadística, que no captó toda la atención merecida, indicaba que en el momento culminante del rescate masivo de México, hace dos años, más capital dejó en realidad ese país que el que ingresó. Esto ocurre en toda América latina: no sólo las compañías de los EE.UU. abandonan el terreno, sino que el capital local está saliendo también, con toda la rapidez que le es posible, a favor de los refugios sacrosantos de Ginebra, Miami, Houston y Los Angeles. Aun en países tan ricos y nacionalistas como Brasil y Venezuela, que nunca antes tuvieron problemas de fuga de capitales porque las élites empresariales creían en el futuro de sus países, el dinero está saliendo ahora en cantidades sin precedentes. ¿Si no hay inversión foránea ni local, ni suficiente asistencia para llenar el vacío, de dónde vendrá el capital necesario para el crecimiento?

Al parecer, no vendrá de Europa, ni Oriental ni Occidental. La Unión Soviética tiene una presencia creciente en América latina, pero su porcentaje de comercio es muy pequeño y, aunque parece dispuesta a seguir apuntalando masivamente la economía cubana, no parece dispuesta a salvar las economías perturbadas de otros regímenes socialistas como el de Nicaragua. Tampoco llenará el vacío Europa Occidental. En años recientes, muchos latinoamericanos se aferraron a la esperanza y el deseo de que realmente no necesitaban más a los Estados Unidos, que podían reducir su "dependencia" de los EE.UU. porque los partidos socialistas y social-democratas y los gobiernos de Europa Occidental acudirían a salvarlos. En realidad,

la ayuda financiera de Europa Occidental ha sido magra y difícil de conseguir, y es, por cierto, inadecuada para compensar la ayuda y la inversión norteamericana que se han perdido.

No sólo disminuyó el dinero de los EE.UU. y de América latina en años recientes; tampoco se ha presentado un sustituto disponible.

La espiral de la crisis económica de América latina ha exacerbado la difícil situación social. Esa es la segunda dimensión del actual malestar latinoamericano que debemos enfrentar. Hay muy pocos nuevos empleos, la desocupación que hemos visto es terriblemente elevada, la inflación está devastando las clases baja y media, la pobreza y la desnutrición aumentan. Aun "historias de éxito" del Tercer Mundo tales como Brasil, Venezuela y México tienen brechas entre ricos y pobres que se ensanchan en vez de cerrarse. Las condiciones de vida de los pobres de América latina empeoran en momentos en que las expectativas crecientes los hacen sentirse cada vez menos dispuestos a aceptar ese destino. No es de sorprender que en esas condiciones los llamados revolucionarios y radicales encuentren amplia receptividad. Lamentablemente, los ajustes de cinturón que exigen de la región las principales agencias de préstamos, bien pueden hacer que las deficientes condiciones sociales empeoren, aumentando así las presiones sobre los sistemas políticos y contribuyendo muy poco a solucionar la crisis económica de la región.

Tercero, los sistemas políticos de América latina han sido devastados en forma similar. En otros artículos he descrito un modelo de sistemas políticos latinoamericanos demostrando que eran, aunque no siempre democráticos según nuestros criterios, por lo menos algo flexibles e inclusivos.<sup>1</sup> Ese modelo se había basado en la aceptación de que podían incorporarse al sistema nuevos grupos sociales y políticos si 1) moderaban sus demandas y 2) estaban dispuestos a coexistir con los grupos antiguos. Sin embargo, tal modelo, que daba lugar a ajustes, y tal proceso político eran sólo posibles siempre que la economía siguiera en expansión como en los años 50 y 60, proporcionando los nuevos recursos que se podrían repartir a los grupos que surgían, al mismo tiempo que seguía aumentando la parte de los grupos más antiguos.

La crisis económica de los últimos cinco años ha devastado, así, no solamente las economías de la región, sino que socavó o amenaza socavar el orden político vigente. Sencillamente, no hay más trozos de torta para repartir. La competencia por las porciones existentes se ha vuelto, por lo tanto, cada vez más intensa y, en algunos países, violenta. Los gobiernos de la región sencillamente ya no pueden enfrentar las presiones de la modernización y las expec-

1 Howard Wiarda ed., *Politics and Social Change in Latin America: The Distinct Tradition* (Amherst: U. of Massachusetts Press, 1982); and *Wiarda Corporation and National Development* (Boulder, Co. Westview Press, 1981)

tativas crecientes en una época de economías en giro descendente como las que se les han venido encima. No es sólo un régimen particular del momento el que está amenazado, sino el todo, el sistema político más o menos funcional y acomodativo.

La fragmentación y la polarización se asientan por doquier y, en algunos países, hay un creciente potencial de revolución y guerra civil. Los regímenes militares moderados se ven amenazados por el extremismo, los gobiernos democráticos de la región corren cada vez mayor peligro, y el celebrado período de "retornos" o "transiciones" a la democracia puede frenarse e incluso invertirse. Ya están amenazados Bolivia y Perú; Honduras y Ecuador tambalean; el destino de las instituciones democráticas de Brasil es todavía incierto; el gobierno democrático de la Argentina enfrenta crecientes problemas; incluso Venezuela, bastión de la democracia desde 1958, empieza a ser conmovida por rumores que hablan de un eventual golpe futuro. La situación actual es poco auspiciosa no sólo para la democracia sino para **cualquier** gobierno estable, moderado y centrista.

Cuarto y último, las maquinaciones soviético-cubanas en el área. La Unión Soviética se ha convertido en una trascendental influencia en América latina, política, militar, económica y diplomáticamente, precisamente en momentos en que América latina, por todas las razones ya mencionadas, es particularmente vulnerable y presa potencial para movimientos revolucionarios con base interna pero dirigidos desde afuera. La raíz de las causas de la revolución en América latina, según están de acuerdo virtualmente todos los analistas serios, estriba en las condiciones autóctonas, locales, sociales, económicas y políticas, pero pueden verse exacerbadas y aprovechadas por una Unión Soviética más activista, y por sus títeres revolucionarios, particularmente los cubanos. Esta era la situación de Cuba, con la Unión Soviética aprovechando las condiciones locales, agravando las dificultades, fomentando el antinorteamericanismo, proporcionando la ideología, los fondos y la organización de que carecían los revolucionarios locales, y ese ha sido el esquema en Nicaragua, Granada, Surinam y ahora en El Salvador. A las graves dificultades propias que enfrenta América latina se ha sumado ahora una fuerte y peligrosa presencia soviética. Los soviéticos tienen la intención de aumentar su influencia en la región, contribuyendo a la inestabilidad que ya existe y poniendo en ridículo a Estados Unidos en el propio "patio de su casa".

Éstas sombrías perspectivas y lúgubres escenarios tienen, por supuesto, vastas implicaciones para la política de los Estados Unidos en América latina. Las implicaciones son que las cosas probablemente empeorarán mucho en la región en el futuro. Sin capital y sin inversiones de ninguna fuente, las economías de América latina están destinadas al fracaso. Si las crisis, la polarización y los quiebres del orden son las perspectivas de la región en vez del desarrollo, ¿qué tipo de bases existen para la política norteamericana? No tenemos

más que limitadas palancas de asistencia económica que manipular, la iniciativa de la democracia parece condenada al fracaso si la torta económica de América latina sigue reduciéndose, y las medidas de austeridad en que han insistido los bancos internacionales aumentarán, de seguro, la tensión social y las posibilidades de repercusiones revolucionarias como vimos, por ejemplo, en el caso de los disturbios en la República Dominicana en la primavera de 1984. En este contexto de una economía en espiral todavía descendente, de creciente tensión social, de gobiernos y sistemas políticos incapaces de hacer frente, por no decir de resolver sus crisis, y de pocas palancas por parte de los EE.UU. para tratar esta crisis, existe el temor que a Estados Unidos le quede sólo la política de reaccionar, cuyo principal (y virtualmente único) componente sería la intervención militar. Ese es un resultado que casi nadie, dentro ni fuera del gobierno de los Estados Unidos, querría ver.

### ¿Esperanza en la Desesperación?

Las perspectivas que hemos reseñado hacen que el futuro de América latina —y que la política de los EE.UU. en ella— parezca bastante sombrío. Sin embargo, no hay que ser totalmente pesimistas y, realmente, teniendo en cuenta algunos otros nuevos factores aparte de los tan amargos que hemos comentado antes, hasta se podría tener una idea bastante optimista y aun esperanzada. Para el experto en ciencias sociales que analiza América latina actualmente, llegar a una conclusión esperanzada es casi una contradicción, pero puede ser que los hechos la justifiquen.

Para empezar, la crisis de América latina probablemente ha sido mostrada de manera exagerada. Presentar las cuestiones en términos de "crisis" es una forma de arrancarle fondos a un Congreso desganado, de movilizar el apoyo popular y de coordinar a la burocracia de relaciones exteriores. Tampoco son tímidos los latinoamericanos para exagerar su propia suerte a fin de conseguir que aumenten los conductos de la asistencia norteamericana y que vuelvan a fluir fondos a la región. América latina parece estar perpetuamente "en crisis"; uno sospecha que pueda haber algunos objetivos ocultos, privados y políticos, influenciando las cosas.

Por cierto, hay una crisis en América latina, pero puede ser que no sea tan grave como se la ha pintado. En realidad, la vida en América latina, incluso en Nicaragua y El Salvador, continúa, independientemente de las grandes controversias políticas e ideológicas. Aun en los principales centros de conflicto en América Central, hasta ahora, el visitante extranjero se sorprende a menudo de encontrar que la gente va al trabajo, cultiva sus campos, realiza sus tareas cotidianas, logra una forma de subsistencia a pesar de todos los trastornos que la rodean. La mayoría se las arregla y sobrevive de una forma o de otra, en vez de unirse obligatoriamente a los revolucionarios. No quiero menospreciar acá los problemas de América latina,

sólo indicar que hay grandes intereses en ciertos sectores en magnificar los problemas y, por lo tanto, que tampoco se debería exagerar al discutir la cuestión.

En segundo lugar, hay que establecer diferencias entre países. Seguramente Colombia y México lograrán seguir adelante, en el futuro que cabe anticipar, con sus instituciones consagradas por el tiempo, aplicando un poquito de grasa aquí y mucho de patrocinio allá para salir de ésta y de la próxima crisis. Bolivia quizá tendrá un golpe, pero puede provenir de cualquiera de las tres o las cuatro direcciones y en ese proceso la política boliviana probablemente no habrá cambiado mucho. La Argentina sigue fragmentada y quizá enfrentará otro ciclo de división política. ¿Pero qué novedad es ésta? Los brasileños aplicarán con ingenio algún jeito y es probable un acomodamiento en el campo político. En Honduras, Guatemala y otros países, las élites militares y civiles continuarán coexistiendo en una relación cambiante y a menudo inquieta que puede incomodar a los puristas pero tiene la virtud de reflejar las realidades del poder en dichos países. El propósito de estos comentarios no es ofrecer un análisis superficial de cada país de América latina sino meramente indicar que puede ser que no haya uno o dos caminos al desarrollo sino varios. En realidad, uno de los principales libros de texto sobre este campo llega a la conclusión de que puede haber por lo menos nueve modelos o caminos distintos al desarrollo para los países de América latina.<sup>2</sup>

Tercero, en el aspecto económico, las perspectivas no son totalmente negras. Si la recuperación económica de los EE.UU. continúa, como parece probable, las naciones de América latina, que dependen tanto de la "locomotora" de la economía norteamericana, sentirán sus efectos. Por lo general, hacen falta dos o tres años para que se sientan plenamente los efectos de un cambio en la economía norteamericana en América latina; como la recuperación norteamericana se inició en 1983 no debe faltar mucho tiempo para que América latina también comience a recoger ciertos frutos. En algunos círculos, además, América latina, particularmente América del Sur, sigue siendo considerada promisoría para la inversión y todavía hay estimables cantidades de capital que fluyen hacia la región. Esos mismos países de América del Sur, además de México, tienen sustantivos recursos reales que son considerablemente mayores que sus deudas actuales. La iniciativa de la Cuenca del Caribe y las recomendaciones de la Comisión Kissinger, recientemente aplicadas, proporcionarán ciertos fondos y se comenzará a bombear; algunos pueden quedarse en el país para el que estaban designado y hasta un cierto porcentaje puede, incluso, "filtrarse hacia abajo". Una tasa de crecimiento económico del tres, cuatro o cinco por ciento en los

2 Ver discusión en Harvey F. Kline y Howard Wiarda, eds., *Latin American Politics and development*. (Boston, Mass: Houghton Mifflin Co. 1979) pp. 92-93.

próximos años en un número alto de países no sería totalmente inesperada. Si ello ocurriera, algunos países podrían encontrar arreglos para pagar parte de su deuda.

Si hiciéramos un análisis instantáneo de riesgos, probablemente diríamos, haciéndonos eco de la cuidadosa evaluación de William Glade, que el futuro económico se presenta difícil en Chile y Perú, moderadamente esperanzado aunque todavía dudoso en Argentina y Brasil, sólo un poco más seguro en Colombia y Venezuela, tal vez digno de un riesgo en México. Los países de América Central (exceptuando Costa Rica y Panamá) son tan pobres en comparación, tanto en términos de ingresos per cápita como de recursos naturales y mercados, que sólo una infusión masiva a la manera del Plan Marshall puede probablemente rescatarlos y ayudarlos; habrá que esperar a ver cómo se aplica en la región el paquete de ayuda de la Comisión Kissinger y si se la puede mantener. Los países de habla inglesa del Caribe inspiran un poco más de esperanzas y son más pacíficos que los de América Central, pero esa imagen de estabilidad puede sustraerlos de la atención pública y, por lo tanto, del flujo de asistencia.

Si la situación económica pudiera prosperar algo, tal vez la situación social podría mejorar en forma similar. No deberíamos esperar que la igualdad y la justicia social y toda una serie de nuevos programas sociales florezcan súbitamente en toda América latina. Por otra parte, éstas no fueron sociedades inmunes al cambio social en el pasado, cuando la situación económica era mejor. Al contrario, gran parte de la modernización social ha ocurrido en América latina en los últimos treinta a cincuenta años. Las estructuras elitistas cedieron paso cada vez más a la clase media, se organizaron sindicatos, se movilizó el campesinado, etc. Bajo esta presión, las élites gobernantes y los sectores medios de América latina demostraron una considerable capacidad para adaptarse y dar lugar al acomodo. Por lo general permitieron (excepto en El Salvador y Nicaragua) que sólo los beneficios suficientes se canalizaran hacia las clases más bajas como para evitar la revolución desde abajo y mientras se mantuvieron en el poder. Por lo tanto, los cambios fueron graduales e incrementales en vez de arrolladores, y probablemente lo seguirán siendo. Ese no es un cuadro magnífico ni puro y, repito, no será satisfactorio para los puristas, pero en forma realista, es todo lo que podemos esperar.

Las perspectivas políticas tampoco son totalmente lúgubres. Nuevamente, la clave está en la recuperación económica y, por lo tanto, en los recursos suficientes para permitir que los elementos gobernantes acepten el juego político del acomodo en vez de la represión. En una situación en que la torta económica está en expansión siempre hay nuevos pedazos que entregar ante los clamores de nuevos grupos, sin que ello signifique que alguien deberá verse privado de su parte. Históricamente, los países de América latina fueron muy hábiles en mejorar y trazar nuevas fórmulas, por lo general algo

distintas a una democracia y un pluralismo al estilo norteamericano, que involucran sistemas ad hoc, gobiernos mixtos civiles y militares, o elementos que combinan la democracia y el autoritarismo. Estas soluciones, a menudo desafían la categorización prolija pero con frecuencia dieron resultados funcionales o funcionaron parcialmente en América latina. Realmente se podría decir que esas soluciones improvisadas y con frecuencia "parchadas", demuestran el positivo genio de la política y los políticos latinoamericanos. Con un poco de suerte en la situación económica, no hay razón para que no tengan éxito las soluciones del futuro, aunque las presiones y las dificultades son ahora, por cierto, más intensas.

El modelo político latinoamericano, si así puede denominarse, ha demostrado no solamente ser flexible respecto de las presiones internas o nacionales, sino también pudo en el pasado dar lugar a distintas presiones externas, representadas principalmente por las de los Estados Unidos, que requerían ajustarse a la panacea norteamericana del momento, ya sea reforma agraria, desarrollo de la comunidad o necesidades humanas básicas. Quienes tienen experiencia en observar cómo los latinoamericanos enfrentan estas modas y locuras de la política, que emanan de la Embajada norteamericana, a menudo llegan a desarrollar una cierta admiración, a veces renuente, por la forma en que América latina absorbe y da cabida a algunos aspectos que Norteamérica está promoviendo en determinado momento. Por lo general, el objetivo de estos países es lograr clasificarse para recibir más ayuda, aunque no modifiquen sustancialmente la realidad.

Estratégicamente, la situación parece ofrecer similares esperanzas. El compromiso y la presencia militar/estratégica de los EE.UU. en América Central y el Caribe es actualmente muy fuerte y ha sido un factor importante para obligar a Nicaragua a sentarse a la mesa de negociaciones, en un momento que temía una intervención norteamericana similar a la de Granada. Ayudó a convencer a Bouterse en Surinam, de expulsar a la mayor parte de las fuerzas cubanas que estaban allí. El mismo factor ha hecho meditar a Fidel Castro sobre la conveniencia de fomentar la revolución en América Central y el Caribe y obligó a las guerrillas salvadoreñas, las que carecen de nuevos reclutas, a adoptar una posición defensiva confinadas ahora a determinadas regiones fuertes, incapaces de lanzar la esperada ofensiva de otoño. Al enfrentar a Duarte en sus propios términos, se ven obligadas a buscar un arreglo negociado en vez de una victoria militar. Al final de cuentas, una cosa es librar una guerra de guerrillas contra un ejército salvadoreño corrupto e inefectivo y otra muy distinta es enfrentar al Ejército de los EE.UU. Los guerrilleros están sintiendo claramente el peligro de esa opción.

Por último, hay pruebas de que la Unión Soviética está haciendo una nueva evaluación de sus estrategias en América latina. Con un mínimo de esfuerzo y dedicación, los soviéticos recibieron una serie de ricas presas —empezando por Cuba— que les cayeron en la

boca. Eso los había alentado a ampliar su presencia y a comprometerse más diplomática, militar, económica y políticamente en la región, pero ahora, después de la intervención de los Estados Unidos en Granada y del masivo refuerzo militar-estratégico-diplomático de los EE.UU. en el Caribe y América Central, los soviéticos claramente están pensando de nuevo las cosas. Se plantearon dudas sobre la confianza que merecen clientes del Caribe tales como Granada, y los soviéticos se han mostrado reticentes a ofrecer mucha ayuda económica a Nicaragua, advirtiéndole a los sandinistas que no pueden esperar ayuda de la URSS en caso de ser atacados. Los Estados Unidos disfrutaban de una abrumadora ventaja local sobre la Unión Soviética en el Caribe y recientemente han demostrado su voluntad de emplear su poderío.

Desde el punto de vista soviético, por lo tanto, vale la pena estimular que esos bocados les caigan en la boca, pero no vale la pena arriesgarse a una gran confrontación con los Estados Unidos por ellas y, por cierto, no en el propio patio trasero de los Estados Unidos. América latina, sencillamente, no vale tanto para la Unión Soviética, y enfrentados con el refuerzo norteamericano, los soviéticos se van a concentrar en otras áreas. Esto está de acuerdo con el sacrosanto principio leninista de que uno tantea y cuando encuentra algo blando sigue adelante, cuando tantea y choca con el acero se va a otra parte. En la región del Caribe, los soviéticos recientemente chocaron con acero y, como potencia realista y prudente, están reevaluando actualmente su actuación en esa región. El resultado probablemente no será una retirada total sino más bien dejar de cometer algunas de sus últimas fechorías. Esta posible actitud es algo que inspira también muchas esperanzas.

### ¿Fuera del Pantano?

Hay abundantes razones para ser pesimista sobre el futuro de América latina, pero hay suficientes destellos de esperanza como para ser algo optimistas. En general, en vez de un despegue deslumbrante o una precipitada caída al abismo, lo que parece más probable es que América latina siga cruzando el pantano, no con una fórmula única sino con varias. Ese ha sido su pasado y posiblemente será su futuro. Los que conocen bien el área saben también que América latina tiene una enorme capacidad para adaptarse, absorber y hacer lugar a nuevos desafíos, y a la vez mantener sus instituciones tradicionales. Las instituciones latinoamericanas han demostrado con frecuencia ser notablemente adaptables a los cambios. La región ha dejado ver una sorprendente capacidad de absorber el cambio y las presiones tanto internas como externas, y de trazar fórmulas nuevas y ad hoc para resolver sus problemas.

Uno no quedaría totalmente sorprendido, por lo tanto, si América latina no sólo sobreviviera a la crisis en que se encuentra actualmente sino también "sobreviviera" a nuestros esfuerzos actua-

les por exportar la democracia y otros factores a dicha área. Algunas de estas nuevas iniciativas serán absorbidas, pero a largo plazo América latina no cambiará mucho. Más aún, tal capacidad de absorción, en el contexto de seguir cruzando el pantano, no es una mala estrategia. No es una fórmula "grande y gloriosa", pero es una fórmula realista que puede ser todavía la gracia que salve tanto a América latina como a la política norteamericana respecto de ella.